

## MARTÍN RINKART (1586-1649)

Por Timo y Lynn de Anderson

Hijo de un humilde latonero, Martín Rinkart, logró con gran esfuerzo terminar sus estudios en su ciudad natal de Eilenburgo, Alemania. Durante su juventud, formaba parte de la coral de la iglesia donde, años más tarde, el ministro de música sería Juan Sebastián Bach. Con el tiempo, Martín sintió el llamado de ser pastor, y comenzó su ministerio el año antes de que estallara la Guerra de los treinta años (1618-1648). Historiadores califican esas tres décadas entre las peores de la historia en cuanto a sufrimiento humano. Todo Europa padeció terriblemente por ese horrible baño de sangre, que además fue acompañado por dantescas hambrunas y pestilencias apocalípticas. Sin hacer cuentas de los estragos en el resto de Europa, en Alemania la población se redujo de 16 a 6 millones.

Como Eilenburgo fue una de las pocas ciudades fortificadas, miles de personas desplazadas por la violencia se refugiaron dentro de sus murallas. El resultante hacinamiento agravó el efecto de las varias plagas que azotaron la ciudad. La peor mortandad sucedió en 1637, dejando a los dolientes en la miseria absoluta. Muchos huyeron del olor a muerte, para "respirar un poco de aire fresco". Inclusive el superintendente de las iglesias se ausentó de la ciudad, y rehusó volver hasta que pasara la temible peste. El 7 de agosto de ese año (1637), el pastor Rinkart ofició los funerales de sus dos últimos colegas de la ciudad, que valientemente no habían abandonado sus rebaños. Durante el sepelio le llevaron más ataúdes, y Rinkart tuvo que enterrar los restos mortales de otros dos pastores, quienes por las amenazas de los violentos, recién habían llegado a la ciudad.

Por todos lados no había sino muerte y desolación. Sólo 90 días antes, el 8 de mayo de 1637, Martín había quedado viudo. No tuvo tiempo de lamentar su propia pérdida, ya que fue el único pastor sobreviviente en la ciudad. Consoló a los enfermos y moribundos, atendió a su iglesia, y cada día oficiaba entre 40 y 50 funerales. La plaga continuamente cobraba víctimas en todas las familias.

Para colmo, la tragedia seguía empeorando. Suecia invadió el continente, aprovechando el desorden absoluto en que se encontraban los países europeos. Al final de esos 30 años de guerra, Eilenburgo fue sitiada en repetidas oportunidades por las hordas vikingas. No se pueden comparar al errabundo personaje de las tiras cómicas, *Olafo el amargado*. Más bien, eran los vikingos históricos — feroces, sangrientos saqueadores, bien entrenados en acabar poblaciones enteras con actos inhumanos de barbarie. En esa época, el grito de centinela, "Vikingos a la vista", producía pavor inmediato en los corazones, porque era bien conocida y temida su escalofriante fama. La llegada de sus largos barcos de guerra desde los témpanos de mares árticos helaba también con paralizante miedo a sus indefensas víctimas. En este caso, los ciudadanos debían escoger entre entregar una millonaria "vacuna" (rescate) o ser borrados de la faz de la tierra. Ante tan imposible exigencia y la falta de autoridad municipal, el pastor Rinkart se atrevió a enfrentar al implacable enemigo vikingo, acompañado por centenares de sus feligreses. ¿Con cuáles armas? ¿Fusiles? ¿Dinero? ¡No! De rodillas, orando y cantando, el "ejército" de Martín Rinkart pidió la paz, lo que ningún funcionario ni militar había podido lograr. En un comienzo el comandante de las huestes escandinavas rechazó de plano las súplicas del pastor luterano. Entonces éste se dirigió a los fieles, diciendo: ***"Ven, mis hijos, ya que no existe misericordia alguna en el corazón humano, menos en el corazón de piedra de este tirano, refugiémonos en Dios"***.

Al ver la actitud de reverente oración y al escuchar los grandes himnos entonados por Rinkart y su "coral" improvisada, se ablandó el corazón del cruel e implacable nórdico, y aceptó reducir sus exigencias. Por la misericordia de Dios, el ejército enemigo se retiró con apenas un pequeño rescate simbólico. Una vez más el Señor usó la música para su gloria. Hoy se conservan 66 de los himnos escritos por el pastor Rinkart; todos reflejan fuerte patriotismo, gran devoción y amor hacia Dios y firme confianza en su misericordia, gracia y auxilio. Pero, recordemos de manera especial el himno, "*De boca y corazón*", que Martín escribió el año anterior a la Gran Plaga, el cual fortaleció y mantuvo con esperanza a miles de cristianos durante la violencia y el sufrimiento de aquellos años.

*De boca y corazón load al Dios del cielo,*

*Pues dionos bendición, salud, paz y consuelo.*

*Tan sólo a su bondad debemos nuestro ser;*

*Su santa voluntad nos guía por doquier*

*Oh, Padre celestial, ven, danos este día*

*Un corazón filial y lleno de alegría.*

*Consérvenos la paz tu brazo protector;*

*Deseamos ver tu faz en comunión, Señor*

*Dios Padre, Creador, con gozo te adoramos.*

*Dios Hijo, Redentor, tu salvación cantamos.*

*Dios Santificador, te honramos en verdad.*

*Te ensalza nuestra voz, bendita Trinidad.*

*Martín Rinkart, 1636*

No sólo se canta "*De boca y corazón*" más que cualquier otro himno en las iglesias alemanas (a excepción de "*Castillo Fuerte*"), sino que hoy se refiere a este majestuoso himno como el "*Te Deum*" alemán, que se usa con frecuencia durante los actos cívicos de regocijo nacional. El himno es conocido en muchos idiomas y forma parte del tesoro musical que tenemos como la iglesia de Jesucristo.

El ejemplo de fe y trabajo de Martín Rinkart nos inspira a cantar, orar y colaborar porque, también, en nuestra propia patria podamos disfrutar de justicia y oportunidad, y en nuestras familias podamos compartir el gozo, la esperanza y la paz que sobrepasan todo entendimiento, de parte del Único digno del culto y adoración.

Usado con permiso.

***ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.***